

FIN DE SIGLO, FIN DE MILENIO

Nos encontramos en unas circunstancias convergentes de un próximo cambio de siglo y de milenio. Una experiencia infrecuente que no ocurriría desde hace mil años, claro está, y que no se repetirá hasta dentro de otros mil. Además nunca hubo tanta gente en el mundo para compartirlo, ni la conciencia humana había llegado a ser tan universal y paradójica.

Esto sucede, o sucederá así que pasen los próximos tres años, en el marco de la evolución permanente de la Historia que, en las últimas décadas, viene produciendo varios fenómenos que han alterado ostensiblemente el pensamiento social y las formas de vida de la mayor parte del mundo.

En un encuentro internacional sobre la cultura en la sociedad de fin de siglo, en el que tuve la oportunidad de participar, se hizo un diagnóstico de dichos fenómenos, que están condicionando hoy la vida de la Humanidad y que nos inducen a encarar el futuro con buenas dosis de incertidumbre, aderezada a veces con un optimismo de exigencia vitalista o, lo que es mal síntoma, con un pesimismo descorazonador.

Algunos de los fenómenos a tener en cuenta se resumen así: en el plano internacional, la relación de fuerza entre los Estados se ha modificado sustancialmente; en el ideológico, la llamada "crisis de las ideologías" designa un hecho complejo, probablemente mal etiquetado, a juzgar por el pesimismo histórico que actualmente la acompaña, en vez del razonable sentimiento de liberación y esperanza que parece corresponderle; en el plano de la convivencia socio-cultural, el auge de los racismos, xenofobias e integrismos de todo género constituye un grave paso atrás de efectos indeseables; en la vida democrática, la desconfianza de la sociedad, no sólo española, en la clase política y en los rectores de partidos y sindicatos, está a la orden del día en muchos países, y quizás influye en favor -la Historia se repite- de nuevos y embaucadores beneficiarios de la frustración y la nostalgia; en las comunicaciones, el mundo ha derribado buena parte de sus muros seculares, gracias a un progreso tecnológico que choca todavía con visados y leyes de extranjería; en el económico, la miseria y la muerte real de los pueblos del tercer mundo se han convertido en un espectáculo cotidiano y estremecedor; en cuanto a la información, la televisión, sobre todo, ha colocado en los hogares las imágenes de todos los horrores sin que, al parecer, hayan sido perturbadas muchas digestiones; en el plano del entretenimiento, la industria audiovisual

ha subvertido prácticas y normas hasta hace poco habituales.

Ante esta situación, también habría que apuntar una serie de reacciones, programadas o espontáneas, tendentes a contrarrestar en lo posible los efectos negativos de estos cambios históricos. La sociedad, no toda la sociedad se queda impasible ante lo que acontece y busca -a veces encuentra- salidas y soluciones. Así, frente a la nueva correlación de fuerzas entre los Estados, la sociedad se decepciona y critica las distintas actuaciones, muchas veces contrarias a la dignificación de los pueblos. Frente a las crisis ideológicas, surgen otros modos de relación y organización regidas por nuevos planteamientos menos retóricos y más solidarios. Frente al racismo y la xenofobia -dos graves problemas en desarrollo que nos atañen muy de cerca por ser españoles y europeos-, ciertos sectores sociales, institucionales y de otra índole, propician campañas para sensibilizar a la población en la tolerancia y el respeto hacia los demás sin distinción de razas ni culturas. En defensa de la necesaria, verdadera, responsable y honrada democracia, voces y grupos serios y respetables reclaman constantemente rectificaciones en los abusos, para vigilar y evitar, precisamente, los aventurerismos involucionistas. Frente a la miserable vida del llamado tercer mundo -minado por el hambre, la enfermedad y la muerte-, se levantan múltiples, pero aún insuficientes, organizaciones de todo tipo (sanitarias, sociales, educativas, económicas, etc.), que luchan con generosidad y probados riesgos para atenuar en lo que se pueda el sufrimiento de esos pueblos tan castigados de generación en generación. Por último, frente al imperio de lo audiovisual, todavía subsiste el gusto por la lectura, por la reflexión, por el intercambio -no la imposición- de ideas, sentimientos y emociones, por la creación íntima y artística.

No sé si el siglo venidero se parecerá al que describe el futurólogo John Naisbitt en su libro *Paradoja global*, que coincide en muchos puntos con otros informes que asimismo analizan los caminos del futuro de la Humanidad. En todo caso, que nos vaticinen que los nuevos jóvenes valorarán la moral y la ética, que aumentará notablemente el interés por el ballet, el arte y la música, que se impondrán los coches ecológicos y un mayor respeto por la naturaleza, etc., etc., en todo caso, que nos vaticinen esto y lo otro poco podrá tranquilizarnos mientras haya dos tercios de la Humanidad tan desheredada y sometida.